

Guía de lectura y
trabajo para el curso
David Hume
y la crítica escéptica del
conocimiento moderno

Ana Maria C. Minecan

Primera edición: noviembre 2023
Segunda edición: diciembre 2025

Guía de lectura y trabajo para el curso David Hume y la crítica escéptica del conocimiento moderno
Ana Maria C. Minecan

Colección: Guías de lectura para
los cursos del Centro de Estudios Filosóficos Alétheia

CEFA Ediciones – Centro de Estudios Filosóficos Alétheia
Madrid, 2025
www.anaminecan.com

ISBN: 9798276915401

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

Alétheia, del griego ἀλήθεια es el concepto filosófico que se refiere a la sinceridad de los hechos y la realidad. Literalmente, la palabra se refiere a hacer evidente aquello que estaba oculto, a descubrir la verdad. Se relaciona también con el río Leteo, el río del olvido, uno de los cinco ríos del Hades, que fluyen desde la cueva de Hypnos. Quienes beben del agua de este río lo olvidan todo. Así a-létheia no es sólo la simple verdad sino la salvación de la memoria, el triunfo sobre el olvido."

Este libro es el resultado de un **proyecto independiente**, concebido y realizado con dedicación personal. No pertenece a una gran editorial, sino al trabajo paciente y sostenido de una sola persona que cree en el valor de la filosofía como bien común y como fuente de transformación.

Si tienes este ejemplar entre tus manos, recuerda que forma parte de un camino hecho de esfuerzo, estudio y tiempo que ha querido ponerse al servicio de los demás. Por eso, apelo a tu conciencia y a tu sentido de solidaridad: te pido que no lo difundas ni lo reproduzcas sin considerar antes el gesto de apoyar aquello que disfrutas.

La cultura y la filosofía solo pueden florecer si quienes las cultivan son reconocidos y acompañados en su labor. No se trata solo de una cuestión económica, sino de **respeto por el trabajo intelectual** y por la posibilidad de que proyectos como este sigan existiendo en el futuro.

Tu decisión de sostener este esfuerzo —ya sea adquiriendo el libro, recomendándolo de forma responsable o contribuyendo con una donación— hace una diferencia real. Gracias a ello, se mantiene viva la posibilidad de crear, compartir y seguir construyendo un espacio común de pensamiento y de diálogo.

Gracias por leer, por valorar y por elegir formar parte de este pequeño pero sincero intento de mantener la filosofía en movimiento.

-

Copyright © 2025 Ana Maria C. Minecan

Todos los derechos reservados.

www.anaminecan.com

Querido alumno/a:

Te robo unos instantes para darte las gracias por adquirir esta guía de lectura. Con su compra estás apoyando de forma activa a sostener este proyecto, el Centro de Estudios Filosóficos Alétheia, una pequeña utopía creada en 2018 con el objetivo de ofrecer un acceso libre y ameno, a la vez que riguroso, a la enseñanza de la filosofía, el arte y la historia de la ciencia.

Alétheia nació de la convicción de que el pensamiento crítico es una necesidad vital. En un mundo saturado de superficialidad, ruido y urgencia, la filosofía es ese espacio imprescindible para la reflexión serena, el aprendizaje profundo y el encuentro con ideas transformadoras.

Esta guía —como todos los materiales que he creado a lo largo de estos últimos años— es el fruto de largas horas de estudio, escritura, reflexión, revisión y cuidado. La he elaborado con el deseo de acompañarte en la lectura y el estudio de la filosofía de David Hume y ayudarte a recorrerla con profundidad, contexto y claridad. Pero también es un gesto: una oportunidad personal y concreta de sostener un sueño que se mantiene únicamente gracias a las aportaciones de sus estudiantes y mecenas. Con la creación de Alétheia he apostado conscientemente por evitar la publicidad y no financiarla por medio de colaboraciones comerciales o institucionales —públicas o privadas— ya que la experiencia me dicta que toda forma de condicionamiento externo compromete siempre la autonomía intelectual.

Tu colaboración contribuye, por ello, a que el Centro de Estudios Filosóficos Alétheia pueda seguir siendo lo que es: un espacio libre, honesto y apasionado por la cultura.

Gracias por estar al otro lado y por acompañarme en esta búsqueda.

Con gratitud y entusiasmo,
Ana Minecan

ÍNDICE

Clase 1 Biografía y primeros problemas con la Iglesia	1
Clase 2 La <i>Enciclopedia</i> francesa	13
Clase 3 Condena y prohibición de la <i>Enciclopedia</i>	27
Clase 4 La jerarquía del saber en la <i>Enciclopedia</i>	41
Clase 5 Hume conoce París y el <i>areísmo</i>	55
Clase 6 Microscopía y física newtoniana	69
Clase 7 La duda cartesiana	81
Clase 8 Descartes y el origen divino de las matemáticas	91
Clase 9 El Dios de Spinoza	99
Clase 10 Jean Meslier y la memoria contra la religión	107
Clase 11 <i>Deísmo, teísmo y ateísmo</i>	113
Clase 12 Voltaire y <i>el Tratado sobre la tolerancia</i>	121
Clase 13 David Hume: introducción	129
Clase 14 ¿Por qué empezar por el ser humano?	137
Clase 15 Una “naturaleza humana” inventada	145
Clase 16 Hume inspirado por Newton	159
Clase 17 ¿De qué está hecha la mente?	171
Clase 18 El lado oscuro de la imaginación	181
Clase 19 ¿Cómo detectar pseudociencias?	191
Clase 20 Las reglas de asociación de ideas	201

Clase 21 La crítica al principio de causalidad	211
Clase 22 La horquilla de Hume	221
Clase 23 El problema de la inducción	231
Clase 24 ¿Sigue siendo posible la filosofía?	241
Clase 25 ¿Qué es el yo?	249
Clase 26 ¿Por qué creemos en el yo?	259
Clase 27 ¿Existe la libertad?	269
Clase 28 ¿Qué son el vicio y la virtud?	279
Clase 29 El emotivismo de Hume	287
Clase 30 La crítica de Hume a la religión	297
Clase 31 La falacia naturalista	307
Clase 32 La crítica humeana a los milagros	319
Clase 33 Sobre la muerte libre	329
Bibliografía	341
Cuestiones para reflexionar	355

Ana Minecan (Bucarest, 1986) es Doctora en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, con calificación de *Sobresaliente cum laude por unanimidad* y Premio Extraordinario de Doctorado, además de Mención de Doctorado Europeo. Su tesis doctoral, centrada en la recepción medieval de la física de Aristóteles, constituye una investigación rigurosa sobre los conceptos de finitud, necesidad, vacío y estructura del universo en el pensamiento de Tomás de Aquino.

Desde su más tierna infancia, Ana demostró una gran curiosidad por el mundo natural, la ciencia, la historia de las civilizaciones antiguas, los idiomas y los libros. Durante su etapa preuniversitaria fue una estudiante brillante, finalizando el Bachillerato con una nota media de 9,8 y obteniendo un 9,7 en la prueba de acceso a la universidad. Desde entonces, ha cultivado una profunda pasión por el arte, la lectura y la filosofía, intereses que definirían el rumbo de su trayectoria académica y profesional.

A lo largo de su formación universitaria, la Dra. Minecan ha obtenido numerosos reconocimientos, entre los que destaca el Premio Extraordinario de Licenciatura, otorgado por la Universidad Complutense de Madrid tras culminar sus estudios como número uno de su promoción (2005–2010) con 24 Matrículas de Honor, al que se uniría en 2015 el ya citado Premio Extraordinario de Doctorado por la misma universidad. Su carrera académica ha sido respaldada por becas altamente competitivas del Ministerio de Educación de España, como la Beca de Formación de Profesorado Universitario (F.P.U.), concedida tras uno de los procesos selectivos de carácter competitivo más exigentes a nivel nacional, así como la Beca de Colaboración con Departamento Universitario o la Beca a los 750 Mejores Expedientes Académicos de la Universidad Complutense de Madrid —centro que cuenta con más de

64.000 estudiantes cada año— lograda en dos convocatorias consecutivas, además de becas para estudios en el extranjero desde etapas tempranas de su formación.

La Dra. Minecan ha realizado estancias de investigación científica como especialista en destacadas instituciones europeas como la Universidad Paul-Valéry de Montpellier, la Universidad Babeş-Bolyai, la Universidad Libre de Bruselas, la Universidad Carolina de Praga y la Universidad de la Sorbona, ampliando su formación en contextos filosóficos plurales y multiculturales.

Su trayectoria se ha complementado con la participación en Proyectos de Investigación internacionales, como el prestigioso programa ERC THESIS – Starting Grant en el CNRS financiado por la Comisión de Investigación de la Unión Europea, así como en iniciativas de innovación docente premiadas por la UCM.

Hoy en día sigue colaborando como evaluadora científica en revistas académicas internacionales y contribuyendo al desarrollo riguroso de la investigación filosófica como profesora y asesora para el diseño de programas formativos, estando acreditada como Profesor Ayudante Doctor Universitario por la ANECA (Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación) del Ministerio de Educación de España desde 2016. Para consultar su tesis doctoral, libros, conferencias y artículos científicos puedes acceder a su perfil académico en Academia.edu. Junto a su trayectoria académica, la Dra. Minecan desarrolla una intensa labor como divulgadora filosófica y creadora de contenidos digitales. Desde diciembre del 2018 dirige el Centro de Estudios Filosóficos Alétheia, una plataforma educativa donde ofrece cursos online de filosofía con una orientación rigurosa, accesible y cronológicamente estructurada. En esta escuela virtual se abordan tanto los orígenes del pensamiento griego como la evolución de la filosofía, la historia de la ciencia y el arte, con un enfoque centrado en el desarrollo crítico del estudiante.

CLASE 1 | BIOGRAFÍA Y PRIMEROS PROBLEMAS CON LA IGLESIA

La figura de David Hume se sitúa en el corazón de la Ilustración escocesa como un ejemplo singular de vocación intelectual tenaz y de resistencia frente a los mecanismos de control religioso. Nacido en Edimburgo en 1711 y fallecido en la misma ciudad en 1776, Hume consagró su vida entera a la literatura, la filosofía y la historia, a pesar de que su familia esperaba de él una carrera jurídica estable. Desde muy joven se sintió dominado por una pasión exclusiva por la investigación filosófica y por la escritura experimentando una profunda aversión hacia todo aquello que no estuviera orientado a la reflexión especulativa. Esta fidelidad a su propia vocación marcaría su trayectoria vital y explicaría tanto sus fracasos iniciales como el reconocimiento posterior que alcanzó, especialmente gracias a su *Historia de Inglaterra*, obra histórica que le proporcionó fama y seguridad económica.

Sin embargo, el itinerario de Hume estuvo lejos de ser una historia lineal de éxito. Su primer gran libro, el *Tratado de la naturaleza humana* publicado de manera anónima entre 1739 y 1740, pasó prácticamente desapercibido para el público culto y no obtuvo apenas lectores en los círculos filosóficos de su tiempo. El propio Hume llegó a afirmar con ironía que la obra había “nacido muerta de la imprenta”. Pese a ello, el

tratado no pasó inadvertido para los guardianes de la ortodoxia religiosa, que detectaron de inmediato el potencial corrosivo de sus análisis sobre el conocimiento, la causalidad y la creencia. Se inauguraba así una tensión que acompañaría al filósofo durante décadas: el desinterés académico por su originalidad teórica se combinó con una sospecha persistente por parte de las instituciones eclesiásticas, que lo acusaron de impiedad, de promover la infidelidad religiosa e incluso de rozar el ateísmo.

La carrera universitaria le fue sistemáticamente vedada. Sus intentos de acceder a plazas de profesor en universidades escocesas se vieron frustrados una y otra vez por campañas orquestadas desde sectores religiosos intransigentes, que recopilaron fragmentos de sus obras para presentarlo como un autor peligrosamente hostil al cristianismo. Hubo incluso una propuesta formal de excomunión ante la Asamblea general de la Iglesia de Escocia en 1756 y más tarde la Iglesia católica incluyó la totalidad de sus escritos en el *Index librorum prohibitorum*, donde permanecieron desde 1761 hasta el siglo XIX.

Paradójicamente, el fracaso académico resultó liberador. Privado de la necesidad de adaptarse a las cautelas de la vida universitaria, Hume pudo permitir que su estilo se volviera más claro y accesible y se atrevió a abordar cuestiones cada vez más polémicas, en particular aquellas que abordaban la crítica directa a la superstición y a las pretensiones de las religiones reveladas. Su nombramiento como bibliotecario de la Faculty of Advocates en Edimburgo le proporcionó acceso a una biblioteca excepcional y al tiempo necesario para redactar la *Historia de Inglaterra*, publicada en seis volúmenes entre 1754 y 1762, que transformó su reputación y lo convirtió en uno de los autores más leídos del mundo británico.

Este capítulo reconstruye el perfil vital e intelectual de Hume a partir de esta tensión continua entre vocación filosófica, éxito literario, persecución religiosa y exclusión académica. Al mismo tiempo, propone una reflexión sobre qué significa filosofar en sentido fuerte. Lejos de reducirse a la repetición cómoda de doctrinas consagradas, la filosofía se

presenta como una actividad que pone en riesgo las propias creencias, las somete a la prueba de la duda y se expone a las consecuencias sociales y personales de ese gesto crítico. Acercarse a Hume implica aceptar esa dimensión de peligro y de incomodidad.

| Conceptos principales

Ilustración escocesa: Movimiento intelectual del siglo XVIII, con centro en Escocia, que combina empirismo filosófico, reforma moral y confianza en el progreso histórico. Hume es una de sus figuras más destacadas.

Empirismo: Corriente filosófica que afirma que todo conocimiento deriva en último término de la experiencia sensible. En Hume adopta una forma radical que cuestiona la solidez de nociones como sustancia, causa o yo.

Escepticismo humeano: Actitud filosófica que, sin caer en una negación absoluta del conocimiento, pone en cuestión la validez racional de muchas de nuestras creencias más firmes y muestra su dependencia de hábitos psicológicos y de asociaciones de ideas.

Tratado de la naturaleza humana: Primera gran obra filosófica de Hume, publicada anónimamente entre 1739 y 1740. Intenta aplicar el método experimental al estudio de la naturaleza humana y ofrece la formulación más amplia de su proyecto filosófico.

Historia de Inglaterra: Obra histórica en seis volúmenes, escrita mientras Hume era bibliotecario en Edimburgo y publicada entre 1754 y 1762. A pesar de un recibimiento inicial hostil, se convirtió en un gran éxito editorial y proporcionó al autor independencia económica.

Impiedad / "infidelidad": Términos empleados por las autoridades religiosas del siglo XVIII para designar escritos contrarios a la fe cristiana. En las

acusaciones contra Hume se usa este vocabulario para describir sus textos filosóficos e históricos como peligrosos para la religión y la moral.

Index librorum prohibitorum. Lista de libros considerados heréticos o peligrosos por la Iglesia católica. Todas las obras de Hume fueron incluidas en el índice en 1761 y permanecieron prohibidas para los católicos hasta el siglo XIX, mientras que la institución del índice no se suprimió hasta 1966.

| Fechas fundamentales

1711: Nacimiento de David Hume en Edimburgo, el 7 de mayo según el calendario gregoriano.

1739–1740: Publicación anónima en Londres de los tres volúmenes del *Tratado de la naturaleza humana*. La obra tiene una recepción muy fría y apenas suscita comentarios en los círculos filosóficos.

1752: Hume es nombrado bibliotecario de la Faculty of Advocates en Edimburgo, lo que le da acceso a una gran biblioteca y le permite comenzar la redacción de la Historia de Inglaterra.

1754–1762: Publicación en seis volúmenes de la *Historia de Inglaterra*. Tras polémicas iniciales, la obra se convierte en un éxito editorial que hace de Hume uno de los autores más vendidos de Gran Bretaña.

1756: La Asamblea general de la Iglesia de Escocia debate una propuesta para excomulgar a Hume por sus escritos, acusados de promover la “infidelidad” y de socavar los fundamentos de la religión y la moral. La medida es finalmente rechazada.

1761: La Iglesia católica incluye todas las obras de Hume en el *Index librorum prohibitorum*, donde figuran bajo la fórmula de prohibición global de sus escritos.

1776: Muerte de Hume en Edimburgo el 25 de agosto. Su tumba, de inspiración clásica, se encuentra en el cementerio de Calton Hill y en ella solo figuran su nombre y las fechas de nacimiento y muerte, según su propio deseo.

| Resumen

David Hume nace en Edimburgo en 1711 en el seno de una familia de la pequeña nobleza escocesa. Desde muy joven se enfrenta a una tensión decisiva entre las expectativas familiares y su vocación íntima. Sus parientes desean para él una carrera jurídica segura, acorde con los usos de su medio social y con la estabilidad que brinda el ejercicio de la abogacía. Sin embargo, el propio Hume nos confiesa en su breve escrito autobiográfico¹ que experimentó una inclinación irresistible hacia la literatura y la filosofía y que apenas podía soportar la idea de dedicar su existencia a otra cosa que no fuera la investigación intelectual. El estudio del derecho en la Universidad de Edimburgo se ve pronto desplazado por lecturas voraces de los clásicos y de los autores modernos y el joven estudiante se orienta hacia un camino incierto en términos económicos pero coherente con su temperamento.

Esta fidelidad a su vocación comporta un precio alto. La familia dispone de una herencia modesta y el puesto de Hume en la línea sucesoria no le asegura grandes recursos, de modo que debe vivir con unos ingresos precarios. A ello se añade el desconcierto que provoca en su entorno la decisión de consagrarse a la especulación filosófica. Hume

¹ Cfr. Hume, D. (2013). *De mi propia vida*. Fondo de Cultura Económica. Hume, D. (s. f.). *Mi vida* [autobiografía]. (ed. en: *Investigación sobre el conocimiento humano precedida de la autobiografía* “Mi vida”). Biblioteca Nueva.

intenta en algún momento una carrera comercial en Bristol, pero abandona pronto ese proyecto para retirarse al estudio solitario, convencido de que su lugar está en el trabajo intelectual. En este sentido encarna una figura característica de la modernidad ilustrada, la del “hombre de letras” que, aun sin una profesión académica, aspira a existir públicamente por medio de sus libros y de su reflexión.

El primer fruto maduro de esta decisión es el *Tratado de la naturaleza humana*. Redactado en la década de 1730, el texto aparece en Londres en tres volúmenes, publicados de manera anónima entre 1739 y 1740. Hume se propone en él introducir el “método experimental” propio de la ciencia en el estudio de la mente y de la moral. Se trata de examinar el funcionamiento del entendimiento, las pasiones y la conducta no a partir de definiciones abstractas, sino observando cómo de hecho pensamos, sentimos y juzgamos. El resultado es una filosofía que toma como punto de partida la experiencia sensible y reduce las ideas a combinaciones y copias de impresiones. Desde este enfoque, nociones como la causalidad, el yo o la sustancia se revelan como construcciones precarias nacidas de la costumbre y de la imaginación, no como reflejos fieles de una estructura metafísica del mundo.

Aunque hoy se reconoce el alcance extraordinario de este proyecto, sus contemporáneos reaccionan con indiferencia. Apenas se reseña el libro en los periódicos y no genera un debate filosófico de envergadura. Hume, con una mezcla de ironía y desencanto, describirá más tarde el destino de su obra inaugural afirmando que “cayó muerta de la imprenta”, como si el público la hubiera dejado morir sin siquiera prestarle atención. Esta falta de éxito no significa, sin embargo, que el tratado pasara desapercibido para las miradas más vigilantes. Determinados sectores religiosos, atentos a cualquier desviación respecto de la ortodoxia, identificaron rápidamente en sus páginas un conjunto de tesis que consideran peligrosas para la religión revelada. El escepticismo respecto de los milagros, la crítica a los argumentos tradicionales a favor de la existencia de Dios o la comprensión de la creencia como hábito se

perciben como amenazas directas al entramado doctrinal y moral de las iglesias.

Esta tensión se acentúa con la publicación de obras posteriores, como la *Investigación sobre el conocimiento humano* y la *Historia natural de la religión*, en las que Hume reescribe y divulga algunos de los núcleos más incisivos de su pensamiento. En la *Investigación* vuelve sobre los problemas de la inducción, la causalidad y la creencia, mientras que en la *Historia natural* analiza el surgimiento de las religiones desde una perspectiva histórica y psicológica que pone el acento en el temor, la esperanza y la tendencia humana a poblar el mundo de agentes invisibles. La religión aparece así no como una revelación sobrenatural, sino como un fenómeno humano que puede explicarse sin recurrir a causas milagrosas.

No es extraño que este modo de entender la fe levantara sospechas. A lo largo de su vida Hume fue objeto de campañas persistentes en las que se le acusaba de deísmo, de escepticismo corrosivo e incluso de ateísmo. La acusación de “impiedad”, que en la Inglaterra y la Escocia del siglo XVIII podía acarrear consecuencias jurídicas graves, se convirtió en un instrumento privilegiado para intentar apartarlo tanto de la docencia universitaria como de la vida pública. En 1756 la Asamblea general de la Iglesia de Escocia debatió un texto en el que se denunciaban sus libros como ataques violentos contra el Evangelio y como portadores de principios “subversivos” incluso de la religión natural y de la moral. El documento reclamaba la apertura de una investigación formal y proponía su excomunión. La medida no prosperó gracias a la intervención de algunos clérigos cercanos al filósofo, pero muestra la intensidad del rechazo que sus escritos podían suscitar.

En paralelo con estas iniciativas presbiterianas, la Iglesia católica reaccionó también contra Hume. En 1761 la Congregación del Índice decidió incluir todos sus escritos en el *Index librorum prohibitorum* bajo la fórmula de prohibición general de sus obras. Desde ese momento ningún católico podía leer legítimamente sus libros sin autorización expresa de la jerarquía. Lo más notable es la duración de esta medida. Aunque el

índice fue revisado en múltiples ocasiones, el nombre de Hume permaneció en la lista hasta bien avanzado el siglo XIX y la institución misma del índice no fue suprimida hasta 1966. Durante más de doscientos años, el pensamiento humeano estuvo oficialmente marcado por el estigma de la peligrosidad doctrinal.

Las consecuencias de esta desconfianza religiosa se dejaron sentir en su carrera académica. Hume aspiró en varias ocasiones a una cátedra universitaria. Trató de acceder, por ejemplo, a una plaza en la Universidad de Edimburgo y más tarde a la de Glasgow. En ambos casos se desencadenaron campañas de presión en las que se recordaba a las autoridades universitarias el contenido irreligioso de sus escritos. Sus adversarios publicaron memoriales en los que se le acusaba de negar la providencia, de reducir la religión a superstición y de socavar la moral al desvincularla de mandatos divinos. Los intentos resultaron infructuosos. Uno de los filósofos más originales de la modernidad nunca llegó a ocupar una cátedra ni a impartir enseñanzas regladas en una institución universitaria.

El giro decisivo en su fortuna llega por otro camino. En 1752 Hume es elegido bibliotecario de la Faculty of Advocates. El cargo comporta una retribución exigua, pero le da algo mucho más valioso para un intelectual: el dominio de una gran biblioteca. Rodeado de miles de volúmenes, decide volcar su energía en la composición de una *Historia de Inglaterra* que abarca desde la invasión de Julio César hasta la revolución de 1688. Entre 1754 y 1762 van apareciendo los seis volúmenes de la obra. Su recepción inicial es turbulenta, ya que cada facción política considera que Hume favorece a la contraria. No obstante, con el tiempo la *Historia* se convierte en una lectura de referencia para el público británico y se reimprime decenas de veces. Los derechos de autor, todavía modestos según los estándares contemporáneos, bastan para asegurarle una independencia económica desconocida hasta entonces.

El propio Hume, en su autobiografía, subraya este contraste. Después de tantos fracasos filosóficos y literarios, la *Historia de Inglaterra* logra lo

que sus ensayos y tratados no habían conseguido: un público amplio y una fama duradera. Se presenta a sí mismo como un hombre de letras que finalmente ha alcanzado la libertad material gracias a su pluma. En este sentido su trayectoria invita a reflexionar sobre la relación entre filosofía y visibilidad social. Las obras que transforman de manera más radical nuestro modo de pensar no son siempre las que obtienen mayor éxito inmediato. A veces son los trabajos históricos, más fáciles de integrar en los gustos de la época, los que abren el camino para que las intuiciones filosóficas más audaces puedan ser leídas en condiciones menos hostiles.

Ahora bien, el fracaso de sus ambiciones académicas no solo se compensó con el éxito historiográfico. Tuvo también un efecto liberador en su estilo y en sus temas. Consciente de que nunca sería admitido en el cuerpo profesoral, Hume renunció a las normas implícitas de prudencia que regían la vida universitaria. Se permitió escribir con mayor claridad, despojado de tecnicismos innecesarios, y se animó a tratar asuntos que habría evitado por cautela si hubiera dependido de la benevolencia de las autoridades eclesiásticas. Los ensayos morales y los textos sobre religión muestran esta nueva libertad. En ellos Hume discute abiertamente la legitimidad de los relatos milagrosos, examina los fundamentos psicológicos de la creencia y cuestiona la pretensión de que la moral necesite una sanción divina para sostenerse.

La reacción de las iglesias revela hasta qué punto interpretaron esta actitud como una amenaza. Más allá de las condenas teóricas, hubo presiones concretas sobre editores y amigos para que no publicaran sus escritos o no los difundieran. El caso Hume muestra así la alianza entre instrumentos de censura formal, como el índice de libros prohibidos, y mecanismos más informales de intimidación social. La intolerancia no se expresó solo en la exclusión de cátedras o en la amenaza de sanciones religiosas, sino también en las redes de influencia que trataban de impedir que determinados textos llegaran al público.

Esta historia de vigilancia y resistencia no debe interpretarse, sin embargo, como un mero conflicto entre una conciencia individual heroica y unas instituciones retrógradas. Es más fecundo leerla como un episodio de la transformación general de las sociedades europeas en la época moderna. Hume encarna una forma de racionalidad que reivindica el derecho a explicarlo todo a partir de causas naturales. La mente, la moral, la religión y la historia se someten al mismo escrutinio crítico que antes se aplicó al movimiento de los astros o a los cuerpos materiales. Las iglesias, por su parte, tratan de conservar un espacio de inmunidad para determinados contenidos doctrinales, en especial aquellos que garantizan su autoridad sobre la conciencia. El resultado es un choque cuyos ecos llegan hasta el presente.

En este contexto, adquiere pleno sentido la idea de que filosofar no puede reducirse meramente a seleccionar solo aquellas ideas que confirman nuestras convicciones previas ni a ocultar en un cajón los textos que las ponen en cuestión. Para Hume, pensar implica siempre exponerse al riesgo de la duda y aceptar que nuestras creencias, por arraigadas que estén, pueden no resistir el examen crítico. Esta concepción de la filosofía como experiencia de peligro y de desposesión intelectual explica tanto la incomodidad que suscitan los textos humeanos en quienes se aferran a visiones metafísicas o religiosas rígidas como la fascinación que ejercen sobre quienes están dispuestos a someter sus opiniones al fuego de la crítica.

De ahí que el estudio de Hume no sea sencillo y que exige familiaridad con las grandes líneas de la Modernidad, desde el humanismo renacentista hasta la revolución científica, así como con las controversias entre racionalismo y empirismo. Solo a partir de ese trasfondo se percibe la profundidad de su crítica al conocimiento y a la religión. Para el lector que ya ha recorrido ese camino Hume representa una invitación a llevar hasta el extremo las exigencias de la razón y a aceptar las consecuencias de ese gesto, aunque sean inquietantes. En este sentido, su pensamiento no solo ilumina el siglo XVIII, sino que continúa

desafiándonos a reconsiderar qué estamos dispuestos a poner en juego cuando de verdad nos decidimos a pensar.

| Bibliografía

Brahami, F. (2003). *Introduction au Traité de la nature humaine de David Hume*. Paris, Francia: Presses Universitaires de France.

Gautier, C. (2005). *Hume et les savoirs de l'histoire*. Paris, Francia: Vrin.

Harris, M. H. (1966). *Scholar as librarian. David Hume and the Advocates Library*. *The Library Quarterly*, 36(2), 97-110. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.

Hume, D. (2007). *Mi propia vida y otros escritos autobiográficos* (E. C. Mossner, Ed., trad. cast.). Madrid, España: Tecnos.

Hume, D. (2011). *Investigación sobre el conocimiento humano* (J. de Salas Ortúeta, Trad.). Madrid, España: Alianza Editorial.

Hume, D. (2015). *Tratado de la naturaleza humana* (F. Duque, Trad.). Madrid, España: Tecnos.

Hume, D. (2016). *Historia natural de la religión* (C. Mellizo, Ed. y trad.). Madrid, España: Tecnos.

Malherbe, M. (1984). *La philosophie empiriste de David Hume*. Paris, Francia: Vrin.

Mossner, E. C. (2001). *The life of David Hume* (2.^a ed.). Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.

Stewart, M. A. (Ed.). (1995). *The Cambridge companion to Hume*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

CLASE 2 | LA ENCICLOPEDIA FRANCESA DE DIDEROT Y D'ALEMBERT

¿Fue Hume un caso aislado, un escéptico solitario enfrentado a la superstición y los prejuicios de su tiempo, o más bien uno de los reflejos más nítidos del impulso emancipador de la Modernidad? Para responder con rigor es necesario detenerse en el clima filosófico del siglo XVIII y en uno de sus monumentos más significativos: la *Enciclopedia francesa* dirigida por Denis Diderot y Jean Le Rond d'Alembert. Esta obra fue una empresa colectiva destinada a reunir, ordenar y divulgar, con claridad y precisión, el conjunto del saber humano conocido hasta entonces, con la intención explícita de combatir la ignorancia, la violencia y la superstición y de favorecer un ideal de vida más libre, instruida y feliz.

La *Enciclopedia* se inscribe en una larga tradición de obras de síntesis, pero al mismo tiempo representa una ruptura radical con el horizonte medieval. Frente a la protoenciclopedia de Isidoro de Sevilla, redactada en el siglo VII bajo un marcado sesgo teológico y organizada en torno a jerarquías celestes, libros eclesiásticos y herejías, el proyecto ilustrado se apoya en la revolución científica de la Modernidad y en una nueva imagen del mundo. Las cosmologías geocéntricas, las viejas doctrinas médicas o botánicas y las teorías heredadas del pensamiento clásico grecorromano tamizadas por el cristianismo quedan superadas por una avalancha de

descubrimientos en astronomía, física, química, medicina y matemáticas que exigen diccionarios nuevos, acordes con un orden laico y experimental del saber.

En ese marco se sitúan la *Cyclopaedia* del británico Ephraim Chambers, primer gran diccionario de ciencias y artes de la época moderna, y la posterior *Enciclopedia* de Diderot y d'Alembert, que amplía y transforma por completo el modelo. Frente a los dos volúmenes de Chambers, la versión francesa alcanzará los veintiocho volúmenes en su primera edición, con diecisiete tomos de texto y once de planchas ilustradas, más de setenta mil entradas y más de doscientos colaboradores. El proyecto se financió mediante suscripciones, lo que convirtió inicialmente a la *Enciclopedia* en un objeto de lujo, pero las ediciones posteriores la hicieron accesible a un público mucho más amplio. La obra fue concebida como resultado de un trabajo cooperativo que dignificaba no sólo a los filósofos y científicos, sino también a los artesanos, ingenieros y obreros, cuyas técnicas y saberes prácticos se describían con detalle y se acompañaban de grabados técnicos.

El *Prospectus* redactado por Diderot, verdadero manifiesto del programa enciclopédico, resume los objetivos esenciales del proyecto. La meta de una enciclopedia consistía en reunir los conocimientos dispersos sobre la faz de la tierra, exponer un sistema general comprensible para los contemporáneos y transmitirlo a las generaciones futuras para evitar que el trabajo de los siglos pasados resultara inútil. Ello exigía un lenguaje claro, un estilo preciso y una estricta disciplina en la cita y comprobación de las fuentes, con el fin de distinguir lo verdaderamente original de lo simplemente prestado y de desenmascarar a quienes presentaban como novedad lo que no era más que un reciclaje de doctrinas antiguas. El saber debía organizarse según una visión global que mostrara la interdependencia de las ciencias, las artes liberales y las artes mecánicas, y debía orientarse a mejorar la vida material de los seres humanos, vinculando de nuevo conocimiento, virtud y felicidad. En este horizonte de claridad, cooperación y utilidad se inscribe la obra de Hume, que

comparte con los enciclopedistas el rechazo de la superstición, la confianza en el análisis crítico y el ideal de una razón atenta a la experiencia y al progreso humano.

| Conceptos principales

Siglo de las Luces: Denominación habitual del siglo XVIII europeo, asociado a la Ilustración y a la confianza en la razón, la ciencia y la educación como instrumentos de emancipación frente a la superstición, la ignorancia y la opresión.

Etimologías de Isidoro de Sevilla: Obra enciclopédica del siglo VII que intenta condensar en veinte libros el saber disponible en la Antigüedad tardía. Recoge conocimientos clásicos filtrados por la teología cristiana y constituye un precedente medieval de las enciclopedias modernas.

Francis Bacon: Pensador moderno que propone una reorganización del saber basada en la experiencia y la inducción. Su clasificación de las ciencias influye en la estructura de los diccionarios y enciclopedias modernas.

Prospectus de Diderot: Texto programático en el que se presentan los fines de la *Enciclopedia*, se buscan suscriptores y se exponen las razones filosóficas y prácticas del proyecto. Es una pieza clave para comprender el espíritu de la obra y de la Ilustración.

Ideal pragmático de la utilidad: Orientación de la Modernidad que vincula conocimiento y mejora de la vida terrena. La *Enciclopedia* concibe el saber como instrumento para transformar el mundo material, perfeccionar las técnicas y hacer más habitable la existencia humana.

| Fechas fundamentales

1728: Publicación en Londres de la *Cyclopaedia, or an Universal Dictionary of Arts and Sciences* de Ephraim Chambers, considerada la primera enciclopedia moderna de gran alcance.

Mediados del siglo XVIII (1751–1772): Redacción y publicación de los volúmenes de la *Enciclopedia* francesa de Diderot y d’Alembert, que marcará un hito en la historia de la Ilustración y de la cultura occidental.

Décadas posteriores del siglo XVIII: Expansión del modelo enciclopédico, multiplicación de diccionarios especializados y consolidación de las academias científicas que institucionalizan la comunidad de investigadores.

| Resumen

A primera vista, la crítica radical de Hume de los fundamentos del conocimiento, su rechazo de los milagros y de los dogmas, así como su defensa de una moral basada en las pasiones y no en mandatos trascendentes, podrían sugerir la figura de un solitario enfrentado a la corriente dominante de su tiempo. Sin embargo, cuando se sitúan sus escritos en el contexto del Siglo de las luces, emerge con claridad una afinidad profunda con un vasto movimiento intelectual que aspira a liberar a la humanidad de la superstición y de la obediencia ciega a la autoridad. La *Enciclopedia francesa* constituye uno de los testimonios más elocuentes de ese espíritu emancipador y ofrece el marco cultural en el que las propuestas humeanas cobran pleno sentido.

Antes de llegar a la *Enciclopedia*, conviene recordar que la idea misma de reunir en un solo libro o en una colección ordenada la totalidad del saber humano tiene antecedentes antiguos. Entre ellos destaca de manera particular la obra de Isidoro de Sevilla, redactada en torno al siglo VII. Sus *Etimologías* se proponían condensar en veinte libros la esencia del conocimiento disponible en su tiempo. El índice de la obra revela sin sorpresa, habida cuenta de su fecha, un marcado carácter religioso. Junto a secciones dedicadas a la medicina, los animales, la terminología de guerra o los utensilios domésticos, abundan los capítulos dedicados a los libros eclesiásticos, a Dios, a los ángeles y los santos, a las jerarquías celestes o a las herejías que se alejaban de la interpretación dominante del cristianismo, interpretaciones fijadas, por ejemplo, en el segundo concilio

de Constantinopla, donde se consagró la doctrina trinitaria y se afirmó la encarnación de Cristo en un cuerpo humano frente a diversas corrientes disidentes.

Las *Etimologías* se centran de manera especial en el origen de las palabras que componen el vocabulario de cada dominio, al tiempo que presentan las doctrinas del pensamiento clásico grecorromano filtradas por la mirada cristiana. A pesar de su originalidad y su calidad literaria, se trató de una obra excepcional sin continuación directa en el resto del medievo. Ningún otro proyecto de dimensión comparable intentó abarcar en un solo cuerpo el saber de la época, y la obra de Isidoro quedó como un testimonio privilegiado de una mentalidad anterior a la modernidad. Basta examinar su descripción del sol para apreciar la distancia que la separa del horizonte científico posterior. El astro aparece como un “cuerpo que se mueve por sí mismo alrededor de la Tierra, cuya salida y ocaso producen el día y la noche, cuyas variaciones de recorrido explican las estaciones” y cuyo curso se concibe en términos geocéntricos. Estas ideas, coherentes con la cosmología de Ptolomeo y con el imaginario medieval, habían quedado completamente obsoletas a principios del Renacimiento, cuando las nuevas teorías astronómicas y físicas derribaron el universo cerrado de la Antigüedad y abrieron un espacio infinito regido por leyes matemáticas.

La Modernidad trae consigo un vendaval de descubrimientos científicos y técnicos que afecta a todos los ámbitos del saber. Se transforma la astronomía con Copérnico, Kepler y Galileo, la física con la síntesis newtoniana, la química con el abandono de las teorías cualitativas tradicionales, la medicina con nuevas observaciones anatómicas y fisiológicas, la botánica con clasificaciones más rigurosas y la propia filosofía con el giro hacia la experiencia como criterio de verdad. Con este cambio de paradigma ya no bastan repertorios heredados que recogen opiniones antiguas bajo un tamiz teológico. Resulta necesario construir nuevos diccionarios que ordenen el conocimiento según la

nueva visión del mundo y que se inspiren en un método experimental. Nace así la enciclopedia moderna en el sentido pleno del término.

La palabra “enciclopedia” procedente del griego clásico combina la idea de círculo con la de educación. Literalmente puede entenderse como una educación circular o, en un sentido más ajustado, una panorámica del saber, un giro completo alrededor de los distintos ámbitos del conocimiento. El propósito no es acumular datos de manera caótica, sino ofrecer un recorrido sistemático que permita al lector situar cada disciplina en un mapa general. Esta aspiración adopta una forma concreta con la *Cyclopaedia* de Ephraim Chambers, publicada en Londres en 1728 y considerada la primera gran enciclopedia moderna. Clasificada según el nuevo orden de las ciencias propuesto por Francis Bacon, la obra recoge los avances más recientes en cosmología, matemática, mecánica, química y observación empírica que habían colocado a Gran Bretaña en la vanguardia de la ciencia y la tecnología occidentales.

El frontispicio de la *Cyclopaedia* merece una atención particular, ya que condensa visualmente el espíritu de la nueva ciencia. En él se representan arquitectos e ingenieros que estudian la arquitectura clásica desplegando sus instrumentos de medida y nivelación. En primer plano se amontonan compases, relojes, brújulas, planos y mapas que simbolizan la era del cálculo y la medición. A un lado del grabado aparecen astrónomos que trazan en el suelo esquemas de órbitas y eclipses junto a representaciones de los nuevos modelos de universo. No sorprende que matemáticas y física ocupen una posición central en esta iconografía, pues la *Cyclopaedia* se publicó apenas un año después de la muerte de Isaac Newton, cuya obra se había convertido en referencia obligada para toda una generación de científicos. Chambers ofrecía a sus contemporáneos un diccionario que incorporaba la herencia newtoniana como síntesis de racionalidad y experiencia.



Frontispicio *Cyclopaedia*, Vol. I. 1728.

El éxito de la *Cyclopaedia* no pasó desapercibido en Francia. André Le Breton, uno de los libreros y editores más importantes de París y proveedor habitual de la corte, percibió de inmediato el potencial comercial y cultural de una traducción francesa de la obra. Adquirió los derechos y se puso a buscar a alguien capaz de traducirla. Encontró al candidato ideal en Denis Diderot, joven filósofo apasionado, con talento para las lenguas y un espíritu crítico que pronto le granjearía conflictos con la censura. Para supervisar la parte científica del proyecto invitó al célebre matemático y filósofo Jean Le Rond d'Alembert. Sin embargo, cuando ambos se reunieron y pudieron evaluar con calma la *Cyclopaedia*, quedaron tan fascinados por la idea enciclopédica y por las posibilidades de ampliarla que decidieron abandonar el plan original de traducción y embarcarse en la creación de una enciclopedia francesa completamente nueva.

Frente a los dos volúmenes de Chambers, la obra proyectada por Diderot y d'Alembert aspiraba a ser monumental. La *Enciclopedia* francesa acabaría teniendo veintiocho volúmenes en su primera edición, diecisiete dedicados a los textos y once a planchas ilustradas. En ella colaborarían más de doscientos redactores, artistas y grabadores, además de una multitud de impresores y artesanos encargados de la producción material de los ejemplares.

Esta estructura hacía visible un ideal nuevo del saber. El conocimiento aparecía como fruto de un trabajo cooperativo en el que cada individuo aportaba su competencia particular. Nuestra idea contemporánea de comunidad científica, de redes de investigación y de producción colectiva del saber se fragua en buena medida a partir de empresas como la *Enciclopedia*. La Modernidad deja de concebir el conocimiento como privilegio de visionarios aislados y lo entiende como tarea ingente que exige el esfuerzo de generaciones enteras.

La magnitud del proyecto planteaba, no obstante, una cuestión muy concreta: cómo financiarlo. El coste de los manuscritos, las revisiones, las planchas grabadas, el papel y la impresión superaba con mucho los recursos inmediatos de los editores. La solución fue ingeniosa. Diderot redactó el *Prospectus*, un texto breve de carácter publicitario en el que describía los objetivos de la obra y, al final, invitaba al lector a suscribirse. Los suscriptores se comprometían a pagar por adelantado y, a cambio, recibirían los volúmenes a medida que se fuesen publicando. Sin estos mecenas el proyecto habría sido imposible. El precio total de la *Enciclopedia*, si se calcula a partir del salario de un jornalero parisino que cobraba aproximadamente una libra diaria, equivalía a unos treinta años de trabajo continuado. En sus inicios se trató de un objeto de lujo al alcance de una minoría. Con el tiempo, sin embargo, el éxito de la obra motivó ediciones en formatos más pequeños y económicos que permitieron a muchas familias adquirir al menos parte de los tomos.

Las cifras delatan la singularidad del fenómeno. El primer año tras la publicación del *Prospectus*, la *Enciclopedia* obtuvo alrededor de mil

suscriptores y, en todo su proceso de producción, llegó a los cuatro mil quinientos. En el siglo XVIII, los libros más vendidos rara vez superaban tiradas de mil ejemplares. De la Enciclopedia francesa, en cambio, se publicaron más de veinticuatro mil ejemplares de la primera edición, lo que la convierte, junto con otros títulos emblemáticos de la época, en uno de los mayores éxitos editoriales del siglo de las Luces. No es extraño que Umberto Eco haya comparado la Enciclopedia con maravillas como las pirámides o el Partenón, subrayando que se trata de una obra que, aunque construida con papel y tinta y no con piedra, exige una inversión intelectual y material equivalente a las grandes empresas arquitectónicas de la humanidad.

Para entender el programa intelectual de la *Enciclopedia* resulta imprescindible leer algunos fragmentos del *Prospectus*. Diderot insiste en primer lugar en la importancia de los diccionarios en la época moderna. Desde la renovación de las letras en Europa, la ilustración general de la sociedad debe mucho a estos libros de consulta que han difundido conocimientos entre un público más amplio. A diferencia de otros textos que alimentan supersticiones o repiten sin crítica tradiciones infundadas, los diccionarios científicos acercan al lector los avances más recientes de la investigación. De ahí que resulte tan importante contar con un libro de referencia sobre todas las materias, capaz de orientar a quienes trabajan por instruir a los demás e iluminar a quienes se atreven a aprender por sí mismos.

El proyecto, sin embargo, no se limitaba a reunir datos. Al adoptar la forma de diccionario, la *Enciclopedia* pretendía también mostrar la ayuda mutua que las ciencias y las artes se prestan entre sí. Contra la tendencia a aislar las disciplinas y a concebirlas como compartimentos estancos, los enciclopedistas proponían una visión global del saber. Un sistema de raíces y ramas en el que cada concepto se enlaza con otros y en el que es imposible conocer bien una parte sin ascender o descender hacia muchas otras. El objetivo consistía en formar una imagen general de los esfuerzos de la mente humana en todos los géneros y en todas las épocas,

presentando los objetos con claridad y otorgando a cada uno el alcance que le corresponde. Hasta entonces nadie había diseñado ni ejecutado una obra de semejante amplitud.

En este punto se vuelve evidente la distancia con las enciclopedias anteriores. Diderot reconoce que ha habido repertorios enciclopédicos precedentes, pero subraya que la mayor parte aparecieron antes del siglo anterior y que resultan poco útiles en el presente porque ignoran los avances de la ciencia y las artes. Cuando se redactaron esos compendios, la verdadera filosofía estaba aún en la cuna. La geometría del infinito no había sido desarrollada, la física experimental apenas se insinuaba, las leyes de la crítica racional eran desconocidas y figuras como Descartes, Boyle, Huygens, Newton, Bernoulli, Locke, Pascal o Corneille no habían existido o no habían escrito. Tampoco se habían creado aún las academias científicas que, a partir del siglo XVII, llevarían tan lejos el progreso de las ciencias y de las artes.

Otro aspecto esencial del *Prospectus* se refiere al estilo y al uso del lenguaje. Diderot sostiene que la pureza de estilo, la claridad y la precisión deben ser las únicas cualidades comunes a todos los artículos. Un procedimiento de química no exige el mismo tono que la descripción de un teatro antiguo, ni las maniobras de un cerrajero deben exponerse como las investigaciones de un teólogo. Cada materia tiene su color y sería confundir los géneros reducirlas a una uniformidad artificial. Sin embargo, todas deben compartir ese ideal de exposición transparente que huye de las palabras extrañas y de los discursos retorcidos. La retórica enmarañada no es signo de profundidad, sino máscara de ignorancia. La filosofía y la ciencia verdaderas requieren un lenguaje cuidado que prefiera la exactitud a la grandilocuencia y que renuncie a la ornamentación superflua.

De la mano de esta exigencia estilística aparece otro rasgo característico de la modernidad científica: la importancia de citar con precisión. Diderot critica la costumbre vulgar de remitir de forma vaga a las fuentes, citando de manera errónea o confusa, de tal modo que el

lector no sabe a qué autor acudir para comprobar un punto. Esta práctica hace que la verificación sea penosa y diluye la responsabilidad intelectual. Frente a ello, los enciclopedistas proponen señalar con claridad qué se toma de cada pensador, de manera que en las producciones futuras pueda distinguirse con facilidad lo que los autores han aportado de su propio fondo de lo que han heredado de sus predecesores. Sólo así se podrá desenmascarar a quienes presentan como novedad sistemas viejos y se podrá apreciar con justicia el trabajo realmente original.

La *Enciclopedia* presta además una atención inédita a las artes mecánicas y a los oficios. Los enciclopedistas constatan que, mientras abundan los textos sobre ciencias y sobre artes liberales, se ha escrito poquísimo sobre las técnicas prácticas que transforman la vida material. Sin embargo, la Modernidad se caracteriza precisamente por el impulso de salir al mundo, levantar tierras, desviar ríos, construir presas y diseñar máquinas capaces de multiplicar la fuerza humana. Para comprender y transmitir estos saberes no bastan los testimonios indirectos. Diderot y sus colaboradores se dirigen a los obreros más hábiles de París y del reino, visitan sus talleres, los interrogan, escriben al dictado, desarrollan sus ideas, fijan los términos propios de cada oficio y rectifican lo que otros habían expuesto de manera oscura o poco fiel.

En algunos casos, esta labor exige ir aún más lejos. Hay oficios tan particulares y maniobras tan delicadas que, a menos que se trabaje uno mismo, que se mueva la máquina con las propias manos y se vea formarse la obra ante los ojos, resulta difícil hablar con precisión. De ahí que, según relatan los enciclopedistas, haya sido necesario adquirir y construir ciertas máquinas para comprenderlas y poder explicarlas con rigor. Como es evidente, se trata de un proyecto caro que requiere una inversión económica importante, pero también de un regalo extraordinario para la historia de la humanidad. No se trata sólo de conservar nombres o fórmulas, sino de registrar formas de hacer que, de otro modo, se perderían con la desaparición de los talleres.

La dificultad de explicar procedimientos técnicos mediante palabras remite a otro elemento clave del proyecto: la necesidad de figuras y planchas. Los enciclopedistas sostienen que un diccionario compuesto únicamente de definiciones, por bien redactadas que estén, no puede prescindir de ilustraciones sin caer en descripciones oscuras y vagas. Una mirada a la máquina o a su representación puede decir más que una página entera de explicaciones. Por eso se envían dibujantes a los talleres, se elaboran croquis de las máquinas y de sus herramientas, se analizan las partes simples y se reconstruye poco a poco el conjunto. Cuando una máquina es especialmente compleja, se comienza por una figura que reúne tantos elementos como pueden percibirse sin confusión, y luego se añaden sucesivamente nuevos detalles hasta formar la totalidad sin perder la inteligibilidad.

A pesar de estas precauciones, Diderot insiste en que la *Enciclopedia* no debe considerarse perfecta. En nombre de todos los colaboradores, declara que están siempre dispuestos a reconocer su insuficiencia y a aprovechar las luces que se les ofrezcan. Si se señalan errores, los recibirán con gratitud y los corregirán con docilidad. La perfección última de una enciclopedia considera Diderot es obra de siglos. Han sido necesarios siglos para comenzarla y lo serán para terminarla. Los enciclopedistas se conforman con haber puesto los cimientos de una obra útil. Vuelve así al primer plano el ideal pragmático de la Modernidad. Frente a la finalidad eminentemente espiritual de muchos proyectos medievales, centrados en la salvación del alma, la *Enciclopedia* se propone mejorar la vida terrena mediante el conocimiento y la técnica.

Este objetivo se formula con especial claridad en el artículo *Enciclopedia* redactado por el propio Diderot. La meta de una enciclopedia es reunir los conocimientos dispersos sobre toda la faz de la tierra, exponer un sistema general a los contemporáneos y transmitir a los hombres que vendrán después ese acervo, de manera que el trabajo de los siglos pasados no resulte inútil para los futuros. Se trata de una empresa orientada a que nos volvamos más instruidos y, al mismo

tiempo, más virtuosos y más felices. La vinculación entre saber y felicidad procede de la tradición griega, pero se reelabora aquí. No se trata de una promesa de recompensa en otro mundo, sino de un proyecto terrestre de mejora de la condición humana mediante la luz de la razón.

El contraste con la obra de Isidoro de Sevilla y con la mentalidad medieval queda así nítidamente delineado. Donde antes predominaba una cosmología geocéntrica y un orden jerárquico del saber sometido a la teología, la *Enciclopedia* afirma una visión dinámica del conocimiento en constante progreso. Donde antes la autoridad se apoyaba en concilios y en dogmas, ahora se apelaba a la experiencia, al método, a la crítica y a la cooperación intelectual. Donde antes las artes mecánicas apenas merecían mención, ahora se las coloca en el centro como instrumentos para transformar el mundo material. Esta mutación intelectual constituye el ambiente en el que Hume desarrolla su crítica del conocimiento, su análisis de la causalidad, su escepticismo moderado y su propuesta moral. El filósofo escocés comparte con los enciclopedistas el rechazo de los relatos fabulosos no contrastados, la exigencia de pruebas para aceptar testimonios extraordinarios y la convicción de que la razón humana, aunque limitada, puede alcanzar un grado de claridad suficiente para guiar la vida común.

Lejos de ser un pensador aislado, Hume aparece así como uno de los reflejos más característicos de un espíritu de época que se expresa tanto en obras filosóficas como el *Tratado de la naturaleza humana* o la *Investigación sobre el entendimiento humano*, como en empresas enciclopédicas destinadas a reorganizar el conjunto del saber. La *Enciclopedia* francesa, con su defensa de la claridad, su disciplina en la cita, su respeto por el trabajo manual y su ideal de utilidad, ofrece un telón de fondo indispensable para comprender el alcance de la crítica humeana al conocimiento y su contribución a la construcción de un mundo menos sometido a la superstición y más atento a la experiencia, al análisis y a la dignidad de la razón humana.

| Bibliografía

Darnton, R. (1979). *The business of enlightenment: A publishing history of the Encyclopédie, 1775–1800*. Harvard University Press.

Diderot, D., & d'Alembert, J. L. R. (Eds.). (2003). *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (éd. facsimilé). Classiques Garnier.

Eco, U. (1984). *De los espejos y otros ensayos*. Lumen.

Isidoro de Sevilla. (2006). *The etymologies of Isidore of Seville* (S. A. Barney, W. J. Lewis, J. A. Beach, & O. Berghof, Eds. y Trans.). Cambridge University Press.

Kafker, F. A. (Ed.). (1988). *The encyclopedists as individuals: A biographical dictionary of the authors of the Encyclopédie*. Voltaire Foundation.

Outram, D. (2013). *The Enlightenment*. Cambridge University Press.

Proust, J. (1995). *Diderot et l'Encyclopédie*. Albin Michel.

Williams, D. (2014). *Diderot and the art of thinking freely*. W. W. Norton.

CLASE 3 | CONDENA Y PROHIBICIÓN DE LA ENCICLOPEDIA FRANCESA

La *Enciclopedia* francesa nació bajo el amparo del rey y del clero como una empresa prestigiosa y acabó convertida en uno de los textos más temidos por las autoridades religiosas y políticas del siglo XVIII. El primer tomo se publicó con todos los privilegios regios y con la aprobación implícita de la Iglesia, puesto que la monarquía absoluta francesa sólo se concebía a sí misma como poder legítimo por la gracia de Dios. Sin embargo, desde el momento en que el volumen inaugural llegó a manos de los lectores comenzaron las sospechas. Los jesuitas fueron los primeros en denunciar su carácter subversivo y, a partir de ahí, se desencadenó una ofensiva creciente que culminó con la retirada de los privilegios, la prohibición de imprimir y vender la obra en Francia y su condena por el papa Clemente XIII, que la inscribió junto con David Hume en el *Índice de libros prohibidos*. El proyecto que había nacido como gloria editorial de la monarquía y del catolicismo se vio empujado a la clandestinidad, obligado a concluirse en imprentas extranjeras, como la de Samuel Fauche en Neuchâtel.

La reacción eclesiástica no se explica por la presencia de láminas técnicas sobre tijeras, arados o arreos de caballos. El verdadero núcleo

de la inquietud se hallaba en el tono de los artículos y en el programa intelectual que los animaba. Lejos de limitarse a reunir informaciones neutras, los enciclopedistas aspiraban a transformar la forma común de pensar mediante la crítica del fanatismo, de los prejuicios y de la alianza entre trono y altar. La obra propone una reforma profunda de la cultura europea, no sólo en el ámbito de las ciencias y las técnicas, sino también en el terreno de la moral, de la religión y del poder político. Por eso la *Enciclopedia* no es únicamente un repertorio de saberes, sino una máquina de emancipación que cuestiona los fundamentos mismos del Antiguo Régimen.

El artículo de la *Enciclopedia* sobre la “intolerancia” disecciona la violencia religiosa y denuncia la contradicción entre el mensaje evangélico y las prácticas persecutorias de las iglesias. El artículo sobre la “autoridad política” desplaza el origen del poder del cielo a la voluntad de los pueblos y dismantela la doctrina del derecho divino de los reyes. El texto sobre la “autoridad en el ámbito del conocimiento” critica la confianza ciega en nombres prestigiosos y exige someter toda afirmación al tribunal de la razón y de la experiencia. Finalmente, el artículo sobre el “filósofo” perfila un nuevo ideal de vida intelectual: un pensador que no se refugia en la torre de marfil, sino que cultiva las virtudes sociales y se compromete con la mejora de la comunidad.

Leídos en conjunto, estos artículos permiten comprender por qué la *Enciclopedia* fue percibida como una amenaza estructural por las autoridades del Antiguo Régimen. La obra no se limitaba a acompañar el progreso científico, sino que articulaba una crítica sistemática de la intolerancia, de la superstición y de la arbitrariedad del poder. Desde esta perspectiva, la inclusión de Hume en el mismo *Índice* que los enciclopedistas no resulta fortuita. El filósofo escocés comparte con ellos el propósito de examinar sin concesiones los fundamentos del conocimiento, de desenmascarar los abusos de la autoridad y de reivindicar la autonomía del juicio humano. La *Enciclopedia* y Hume forman parte de un mismo movimiento de la Modernidad que introduce

una nueva relación entre razón, fe y poder y que abre el camino a la cultura contemporánea.

| Conceptos principales

Antiguo Régimen: orden político y social previo a la Revolución francesa, basado en la monarquía absoluta, la sociedad estamental, los privilegios del clero y la nobleza y la estrecha alianza entre trono e Iglesia.

Privilegios reales: autorizaciones y protecciones jurídicas concedidas por la corona a determinadas publicaciones e imprentas que garantizaban la exclusividad de la edición y suponían al mismo tiempo una aprobación política y religiosa.

Índice de libros prohibidos (*Index librorum prohibitorum*): lista oficial elaborada por la Iglesia católica que incluía las obras cuya lectura se consideraba peligrosa para la fe y la moral, vetadas a los fieles bajo pecado. En el siglo XVIII se incorporaron a él la *Enciclopedia* y los escritos de David Hume.

Intolerancia eclesiástica: actitud que consiste en considerar falsas todas las religiones distintas de la propia y en justificar la persecución del disidente en nombre de la verdad revelada y de la salvación de las almas.

Intolerancia civil: práctica de excluir, discriminar o perseguir a los ciudadanos que no comparten las creencias religiosas mayoritarias o que adoptan formas distintas de culto, hasta llegar en ocasiones al uso de la violencia física o legal.

Subversión: término utilizado por las autoridades religiosas y civiles para designar todo discurso que cuestiona el orden establecido. En el contexto ilustrado se aplica a los pensadores que critican el absolutismo, el fanatismo y los privilegios heredados.

Contrato social: idea según la cual la legitimidad del poder se funda en un pacto originario entre los miembros de la comunidad. La autoridad de los gobernantes nace de la voluntad colectiva y puede ser revocada cuando se traicionan las condiciones del acuerdo.

Razón: facultad humana de juzgar, inferir y ordenar los conocimientos de acuerdo con principios lógicos y con la observación de los hechos. Para los ilustrados es la “antorcha” que debe guiar tanto la ciencia como la vida moral y política.

Filósofo moderno: figura del pensador ilustrado que observa, investiga y reflexiona, pero que también cultiva las virtudes sociales, participa en la vida común y aspira a hacer más justa y feliz la sociedad en la que vive.

Separación entre política y religión: exigencia ilustrada de distinguir la esfera del gobierno civil y la de la fe, de manera que las leyes no impongan un credo y que los ciudadanos gocen de libertad de conciencia independientemente de sus creencias.

Tolerancia: disposición a convivir con quienes sostienen creencias o formas de vida distintas, renunciando a la violencia y al odio, y apoyando la diversidad religiosa, moral y política dentro de un marco común de derechos.

| Fechas fundamentales

1751: publicación del primer volumen de la *Enciclopedia* francesa con privilegio real y aprobación implícita de las autoridades eclesiásticas.

Década de 1750: primeras críticas eclesiásticas, encabezadas por los jesuitas, que denuncian el carácter subversivo de diversos artículos enciclopédicos.

1759: retirada de los privilegios reales, prohibición oficial de impresión y venta de la *Enciclopedia* en Francia y condena de la obra por el papa Clemente XIII, que la incorpora al *Índice* de libros prohibidos junto con los escritos de David Hume.

Décadas de 1750 y 1760: continuación clandestina del proyecto enciclopédico mediante la impresión en imprentas extranjeras, como la de Samuel Fauche en Neuchâtel, fuera del alcance directo de la censura francesa.

Siglo XVIII: consolidación del ideal ilustrado de separación entre política y religión, crítica del derecho divino de los reyes, defensa de la tolerancia y formulación de teorías del contrato social.

1966: supresión definitiva del *Índice de libros prohibidos* por parte de la Iglesia católica, lo que simboliza el cierre formal de un largo capítulo de control eclesiástico directo sobre la lectura.

| Resumen

El destino de la *Enciclopedia* francesa ilustra con una claridad singular las tensiones de la Modernidad europea. La misma obra que se concibió bajo la protección de la monarquía y del clero, y que apareció en su primer volumen adornada con la mención de privilegios reales, terminó por ser proscrita, perseguida y obligada a refugiarse fuera de las fronteras de Francia. En la portada del tomo inaugural se leía con toda naturalidad que el libro se publicaba con permiso y privilegio del rey. Esa fórmula no era un simple formalismo jurídico. En el contexto del Antiguo Régimen equivalía a una doble bendición, política y religiosa. El rey de Francia no se imaginaba a sí mismo como un funcionario secular, sino como un monarca que ocupaba el trono por la gracia de Dios. La aprobación real implicaba, por tanto, el beneplácito implícito de la Iglesia que sostenía la legitimidad del soberano.

Sin embargo, bastó la difusión del primer volumen para que se desencadenara una oleada de recelos. Los jesuitas fueron los primeros en alzar la voz contra la *Enciclopedia*. En su lectura detectaron algo más que un diccionario de ciencias, artes y oficios. El tono crítico, las alusiones veladas a la superstición y a la violencia religiosa, la insistencia en la utilidad terrena del saber, les parecieron señales de una tendencia subversiva. El término no es anecdótico. La palabra subversión se convierte en una de las etiquetas preferidas con las que las iglesias y las monarquías del siglo XVIII designan a los filósofos modernos. Designa todo aquello que invierte el orden heredado, que cuestiona las jerarquías y que pretende orientar la vida social por principios distintos de la tradición teológica.

A medida que se sucedían los tomos y que el público ilustrado celebraba el proyecto, las críticas eclesiásticas crecieron en intensidad. Desde determinados sectores del clero se hizo llegar a los editores una advertencia formal. Se les acusaba de haber ido demasiado lejos y se les amenazaba con consecuencias graves si no corregían el rumbo. Diderot y sus colaboradores, lejos de replegarse, perseveraron en el horizonte original de la obra. La respuesta de las autoridades fue contundente. Primero se suspendieron los privilegios reales de la *Enciclopedia*. Poco después se prohibió su impresión y venta oficial en todo el territorio francés. El proyecto que había sido impulsado por algunos de los libreríos más reputados del reino se vio súbitamente reducido a la condición de sospechoso.

La historia podría haber concluido ahí con el fracaso del intento. Sin embargo, la obstinación ilustrada encontró caminos alternativos. Los enciclopedistas decidieron continuar el trabajo de forma clandestina, recurriendo a imprentas establecidas fuera del alcance directo de la censura francesa. En las portadas de los volúmenes posteriores desaparecen los nombres de los editores parisinos y la mención del privilegio real y aparece en cambio la referencia a Samuel Fauche y a Neuchâtel. La geografía de la tinta revela la geografía de la libertad

relativa de pensamiento. Suiza proporciona un refugio técnico a una obra que, paradójicamente, pretende iluminar a la propia sociedad que la ha expulsado.

La Iglesia católica decidió ir más allá de la mera prohibición local. En 1759, el papa Clemente XIII condenó la *Enciclopedia* e incorporó la obra al *Índice de libros prohibidos*. En la misma lista se encontraban los escritos de David Hume, vigilados por el mismo temor difuso. Hume había desmontado con un rigor implacable ciertas pretensiones de la metafísica y de la teología, mostrando los límites de la razón humana y los mecanismos psicológicos de la creencia. Los enciclopedistas, por su parte, proponían reorganizar el conjunto del saber humano, despojándolo de la tutela dogmática y sometiéndolo al método crítico. A los ojos de la autoridad eclesiástica, ambos proyectos convergían en un mismo peligro: la emancipación del juicio humano respecto de las verdades dictadas desde arriba.

Para comprender a fondo la reacción de la Iglesia y del poder civil no basta con atender al aparato material de la *Enciclopedia* ni a su vasto repertorio de láminas técnicas. El conflicto se ilumina cuando se leen con detenimiento algunos artículos que, bajo apariencia de definiciones, elaboran una crítica profunda del fanatismo y de la dominación. El caso del artículo dedicado a la “intolerancia” resulta ejemplar. Lejos de limitarse a describir el término, el texto distingue entre dos formas de intolerancia. La intolerancia eclesiástica consiste en considerar falsas todas las religiones distintas de la propia y en excluir de la verdad y de la salvación a quienes no pronuncian las mismas fórmulas de fe. La intolerancia civil, por su parte, se manifiesta cuando un Estado corta las relaciones con aquellos que piensan distinto en materia religiosa, cuando los margina, los encarcela o, en los casos extremos, los condena a muerte.

El artículo no se contenta con un análisis conceptual. Los enciclopedistas recurren a la propia tradición cristiana para mostrar hasta qué punto la violencia religiosa de su tiempo resulta incompatible con el mensaje evangélico. Se citan pasajes de las Escrituras y de los Padres de

la Iglesia que apelan a la persuasión, a la paciencia y a la mansedumbre. Se recuerda, por ejemplo, que la fe sólo puede transmitirse por educación, por argumento y por oración. El corazón no puede amar aquello que percibe como malo y la mente no puede creer aquello que no reconoce como verdadero. Obligar a alguien mediante la fuerza a profesar una doctrina no produce convicción, sino hipocresía o martirio. Quien cede exteriormente ante la amenaza conserva en su interior el resentimiento. La violencia religiosa destruye la paz civil, alimenta el odio y, lejos de honrar a Dios, convierte su nombre en instrumento de crueldad.

El giro que se propone es radical. Los enciclopedistas invierten la acusación tradicional de impiedad. Durante siglos el calificativo de impío había recaído sobre quienes dudaban de la existencia de Dios o se apartaban de la ortodoxia. Ahora se sostiene que el verdadero impío no es el incrédulo silencioso que no hace daño a nadie, sino el fanático que excita el odio y el desprecio, que separa a padres de hijos por divergencias doctrinales, que empuja a las naciones a la guerra en nombre de la fe. Impías son las prácticas que derraman sangre, no las que se limitan a discrepar en materia de creencias. La religión se mide aquí no por la cantidad de dogmas proclamados, sino por su capacidad de suscitar humanidad y compasión.

El artículo sobre la intolerancia culmina en una defensa vigorosa de la separación entre política y religión. Cuando el príncipe se convierte en brazo secular de una Iglesia que exige persecución, deja de ser padre de todos sus súbditos y se degrada a verdugo al servicio del clero. Cuando el poder civil declara que el incrédulo no merece vivir, abre la puerta a que los incrédulos cuestionen a su vez la legitimidad del príncipe. La paz social exige reconocer que la obediencia política no depende de la fe religiosa. Un súbdito que cumple las leyes, aunque no comparta el credo dominante, merece la misma protección que cualquier otro. Al afirmar este principio, la *Enciclopedia* prepara el terreno conceptual para la idea de

ciudadanía moderna, en la que los derechos no se subordinan a la pertenencia confesional.

Igualmente explosivo resulta el artículo dedicado a la autoridad política. Desde el primer renglón se desmonta la doctrina del derecho divino. Ningún hombre, se afirma, ha recibido del cielo el derecho de mandar sobre otros. El poder no brota de una designación sobrenatural ni de una genealogía sacralizada. Si se considera el asunto con rigor, sólo hay dos posibles fuentes de la autoridad política. O bien un individuo se apodera de la voluntad de los demás por medio de la violencia, o bien un grupo de hombres entrega su voluntad por medio de un contrato, reconociendo la autoridad de aquel que habrá de gobernarlos. En el primer caso se habla de usurpación. En el segundo, de legitimidad.

La crítica de la usurpación es frontal. Un poder que se sostiene únicamente en la fuerza vale mientras la fuerza se conserva. El día en que los sometidos reúnen la energía suficiente para derribar el yugo, actúan con el mismo derecho que el usurpador ejerció al imponerse. La violencia no puede generar deber moral de obediencia. Sólo un pacto racionalmente aceptado por los miembros de la comunidad puede conferir legitimidad duradera. La *Enciclopedia* adopta así el horizonte del contrato social que pensadores como Rousseau estaban elaborando en la misma época. El gobierno, incluso cuando es hereditario, no puede considerarse propiedad privada de una familia. La corona, el aparato del Estado y la autoridad pública pertenecen al cuerpo de la nación. El príncipe no posee el reino como un bien patrimonial, sino que lo administra en usufructo, sujeto a las leyes y a la voluntad popular.

Esta concepción tiene consecuencias de largo alcance. Si el poder nace de un contrato, también puede extinguirse cuando las condiciones del pacto se violan. Cuando la autoridad deja de buscar el bien común y se convierte en instrumento de opresión, el pueblo recupera la soberanía y el derecho a establecer un nuevo acuerdo con otros gobernantes y bajo otras reglas. La idea de que, en circunstancias extremas, la nación puede retirar la confianza a sus dirigentes introduce una lógica que anticipa la

imaginación revolucionaria. No es extraño que los defensores del Antiguo Régimen percibieran en estos párrafos un olor inquietante a pólvora intelectual.

La crítica de la autoridad no se limita al terreno político. La *Enciclopedia* dedica un artículo específico a examinar la autoridad en el ámbito del conocimiento. El texto parte de una constatación sencilla. Ni el hombre más instruido ni el más piadoso merecen un crédito sin condiciones. El sabio puede sentir la tentación de engañar o de hablar de lo que no sabe. El santo puede opinar sobre asuntos que nunca ha estudiado. La reputación, por sí sola, no garantiza la verdad. En demasiadas ocasiones se sostiene sobre una red de intereses y de complicidades. La costumbre de aceptar argumentos porque los pronuncia una figura admirada conduce al error y empobrece el juicio propio.

Frente a ese hábito, el artículo propone un ideal de vigilancia intelectual. Lo decisivo no es el nombre del autor, sino la calidad del razonamiento. Un silogismo correcto es válido tanto si lo firma Aristóteles como si lo formula un pensador desconocido. Donde hay que mirar no es al título de quien habla, sino a la coherencia lógica de lo que se afirma y a su consonancia con la experiencia sensible. Las citas eruditas sólo tienen un valor limitado. Pueden despertar el interés por una cuestión, orientar hacia lecturas, pero no deben sustituir al examen directo de los argumentos. El recurso constante a la autoridad convierte al estudioso en un depósito de ideas prestadas que repite fórmulas sin entenderlas.

El texto no niega que existan maestros dignos de respeto. Lo que niega es que su palabra deba ocupar el lugar de la razón. La autoridad puede funcionar como un bastón al que se recurre en momentos de flaqueza, pero la marcha del conocimiento exige caminar con las propias fuerzas. Si se abandona la antorcha de la razón en manos de los otros, se corre el riesgo de vagar durante años por caminos que no conducen a ninguna parte. El estudiante que se deja guiar exclusivamente por las opiniones ajenas se asemeja a un ciego que avanza apoyado en un guía.

Si el guía se equivoca, ambos se pierden. Si el guía es muy hábil, quizá llegue lejos, pero el ciego no habrá visto nada por sí mismo. El verdadero progreso intelectual consiste en ejercitar la propia capacidad de discernir y de comprender, no en coleccionar nombres ilustres.

La *Enciclopedia* completa su programa con un retrato del filósofo que rompe con ciertas imágenes heredadas. Durante siglos se había concebido al filósofo como un ser retirado del mundo, encerrado en su gabinete o en su monasterio, dedicado a la contemplación de verdades suprasensibles y poco interesado por los asuntos prácticos. Esa figura solitaria corre el riesgo de confundirse con el visionario, el místico o el cultivador de sistemas imaginarios desconectados de la vida común. Los enciclopedistas proponen otro modelo. El filósofo moderno no es un exiliado en la tierra ni un misántropo que desprecia a sus semejantes. La razón, para él, ocupa el lugar que la gracia tiene para el creyente. Le impulsa a actuar, a observar, a aprender de los hechos y a intervenir en el mundo.

Ese filósofo construye sus principios a partir de una multitud de observaciones particulares. No se limita a repetir máximas abstractas. Va a su origen, las examina, les asigna su valor y las utiliza sólo cuando convienen a la comprensión de la realidad. De ahí nace su aprecio por la ciencia de los hechos y por las disciplinas empíricas. El filósofo desconfía de las verdades que se presentan como evidentes sin haber sido contrastadas. Considera enemiga del progreso la idea de que el hombre puede obtener el conocimiento únicamente por introspección o por meditación interior. Frente a la invitación medieval a buscar la verdad en el fondo del alma, el ilustrado insiste en que es preciso salir al mundo, mirar, experimentar, someter a prueba las hipótesis y transformar el entorno.

El filósofo, tal como lo entiende la *Enciclopedia*, no confunde lo verosímil con lo verdadero. Se esfuerza por asignar a cada cosa su grado de certeza. Toma por verdadero lo que está sólidamente demostrado, por falso lo que contradice la evidencia disponible, por dudoso lo que carece

de pruebas suficientes y por probable lo que goza de apoyo razonable, aunque no definitivo. Una de sus grandes virtudes consiste en saber suspender el juicio cuando no tiene motivos para decidir. Donde la mayoría se siente obligada a opinar sobre todo, el filósofo considera legítimo decir que no sabe. Esta disciplina del juicio, lejos de paralizar la acción, preserva de los errores más graves.

A diferencia de algunos pensadores antiguos o medievales que se retiraban del trato con los demás, el filósofo enciclopédico valora la sociedad civil como un bien en sí mismo. Reconoce que las necesidades básicas de la existencia obligan a la cooperación y al intercambio y entiende que su propia felicidad está ligada a la de la comunidad. Por eso procura desarrollar cualidades sociales, modos de trato amables y comunicativos. No ve el mundo como un país enemigo del que haya que huir, sino como un lugar que se puede y se debe mejorar. Se esfuerza por ser útil, por no convertirse en una carga para los otros, por contribuir con sus esfuerzos al bienestar colectivo.

La sociabilidad no es aquí un adorno, sino un deber. Allí donde reinan el fanatismo y la superstición, tienden a dominar también la ira y las pasiones destructivas. El filósofo propone en cambio un estilo de vida regido por el orden interno y por la razón, que intenta orientar los resortes de la sociedad hacia efectos conformes con la honestidad humana. No basta con reflexionar en soledad. Es necesario comunicarse, persuadir, dialogar, intervenir en la vida pública. El ideal enciclopédico sueña con una situación en la que los gobernantes sean filósofos o en la que los filósofos participen activamente en el gobierno. El horizonte es una comunidad en la que la autoridad se ejerza con prudencia, con previsión y con respeto a la dignidad de todos.

Desde esta perspectiva, se comprende que la *Enciclopedia* no fuera simplemente un monumento de erudición, sino un programa de reforma moral y política. La crítica de la intolerancia religiosa prepara la reivindicación de la libertad de conciencia. La crítica del derecho divino prepara la idea de soberanía popular. La crítica de la autoridad en el

conocimiento prepara la autonomía de la ciencia frente al dogma. El retrato del filósofo comprometido prepara una nueva manera de entender la responsabilidad intelectual. En el mismo movimiento se combate el feudalismo, la sociedad estamental, los privilegios del clero y de la nobleza y la concepción patrimonial del poder monárquico.

La convergencia entre la *Enciclopedia* y la obra de Hume se hace visible precisamente en este horizonte. Cada uno desde su contexto, ambos participan en la tarea de someter a examen las creencias heredadas, de exigir razones allí donde antes bastaba con la costumbre o con la autoridad, de denunciar los efectos destructivos del fanatismo y de la superstición. El escepticismo moderado de Hume frente a las pretensiones de la metafísica y de la teología dialoga con la desconfianza enciclopédica hacia toda palabra que pretenda imponerse sin pasar por el tribunal de la experiencia y de la lógica. En ambos casos se trata de liberar al ser humano del miedo y de la servidumbre intelectual, no para entregarlo al capricho, sino para anclar su vida en la claridad y en la responsabilidad.

La *Enciclopedia* fue prohibida, perseguida y condenada. David Hume fue incluido en el *Índice* y se vio rodeado por acusaciones de impiedad y de subversión. Sin embargo, la energía intelectual que ambos encarnan ha sobrevivido a los siglos y a los decretos de censura.

| Bibliografía

Beaurepaire, P. Y. (2013). *L'Europe des Lumières*. Paris: Belin.

Cassirer, E. (2006). *La filosofía de la Ilustración*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Diderot, D., & d'Alembert, J. L. R. (Eds.). (1994). *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (sélection). Paris: GF Flammarion.

Forst, R. (2013). *Toleration in conflict: Past and present*. Cambridge: Cambridge University Press.

Gay, P. (1995). *The Enlightenment: An interpretation*. New York: W. W. Norton.

Hazard, P. (2012). *La crisis de la conciencia europea (1680–1715)*. Madrid: Alianza Editorial.

Hume, D. (2001). *Ensayos morales, políticos y literarios*. Madrid: Tecnos.

Israel, J. (2001). *Radical Enlightenment: Philosophy and the making of modernity 1650–1750*. Oxford: Oxford University Press.

Martínez de Bujanda, J. (1996). *El Índice de libros prohibidos y expurgados*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Outram, D. (2019). *The Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pagden, A. (2013). *The Enlightenment and why it still matters*. Oxford: Oxford University Press.

Venturi, F. (1971). *Utopia and reform in the Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.